

Cartas al olvido

“Por querer cambiar el mundo hicimos un infierno en el paraíso”

~ *Brucke Lenz*

El abrasante sol quemaba la piel del náufrago como si de un ácido se tratase. Se despertó con el rugir de una ola rompiendo contra el arrecife mientras que un cangrejo rojo bailaba sobre su peludo pecho. Desorientado, se tambaleaba por la costa de la desierta isla e intentaba recuperar su cabeza. De repente todo volvió.

-¡Celia! ¡Celiaaaa!- gritaba exasperadamente.

Celia era su hija. Los dos habían planeado ese viaje por las islas del Pacífico desde que su madre había perdido la batalla contra el maligno cáncer que la había estado acechando durante los últimos años. No estaba dispuesto a aceptar otra muerte y menos la de su hija a la que había querido desde que por primera vez vio brillar sus ojos.

Esa mañana estaba más alegre que nunca, iban a hacer buceo por el famoso coral de las tortugas. Esa mañana, por primera vez en las últimas semanas, había surgido una sonrisa en su apagado rostro. Una mera mueca pero para él era más que suficiente. Sin embargo, nadie podría haber prevenido que ese barco defectuoso se encallara en medio del mar.

Continuó gritando más de dos horas sin tener mejor repuesta que el fúnebre y desgarrador silencio de la solitaria isla. Se tumbó en la arena intentando imaginar qué le podría haber pasado a su pequeña cuando, al girar su cabeza divisó otra pequeña isla a apenas tres kilómetros de distancia de la suya.

-Está allí, debe estar allí-se decía a sí mismo una y otra vez.

Estaba a punto de anochecer por lo que construyó una fogata casera con unas cuantas hojas secas y palos que había encontrado por la playa. A lo lejos, una tenue luz apareció de repente en la isla próxima y por fin su corazón empezó de nuevo a palpar. Lágrimas recorrían sus mejillas de la felicidad, no obstante, esta no duraría mucho pues el miedo se apoderó de su alma cuando imaginó los terribles peligros que la podían acechar en el islote. Su misión era clara: construir un bote para poder llegar a donde se encontraba Celia, así que decidió dormir para el día siguiente empezar con su cometido.

Las primeras luces del día lo despertaron y comenzó a buscar materiales para su supervivencia. Antes del incidente, Lucas era un gran aventurero y, en su juventud, se pasaba la mayoría del tiempo en algún lugar varado de la mano de Dios sobreviviendo con apenas dos latas de atún y una botella de agua. Aun

así, los conocimientos que había adquirido en aquella época se habían disipado con los vientos del tiempo y Lucas lo estaba sufriendo plenamente. Consiguió fabricar una primitiva hacha y una especie de lanza de madera mientras que su alimentación se basaba en una estricta dieta de cocos y pequeños cangrejos.

Al cuarto día, la desesperación parecía adueñarse de Lucas hasta que llegó. La marea había traído una botella que en ese momento permanecía quieta atrapada por la blanquecina arena. La recogió y observó que contenía un papel arrugado y un cuchillo que atrapó la mirada de Lucas ya que, en cierta manera, parecía estar cuidadosamente construido por manos precisas y firmes, aspecto que Celia no presentaba. Rápidamente quitó el corcho que la taponaba y leyó atentamente:

<< Papá, sé que estás ahí. A cierta hora de la mañana la corriente fluye de tal manera que la botella encontrará tu isla. Esto supone que por la noche, la marea fluirá contrariamente, ese será tu momento para devolverme la botella. Recuerda lo que aprendiste, utilízalo. Celia. >>

El manuscrito estaba empapado y la letra chorreaba por el mensaje. Su corazón latía como el motor de un tren, a la vez que sus manos temblorosas intentaban guardar el papel en la botella para poder conservarlo. No entendía el porqué del cuchillo hasta que se percató de que la letra estaba escrita en sangre del propio remitente.

Aquel día un ataque de euforia acechó al desamparado naufrago que daba saltos de alegrías y se revolcaba por la arena como si fuera un niño pequeño. A pesar de ello, no entendía cómo había llegado una niña de doce años a aquella isla, puesto que el lugar donde el barco había encallado (visible desde su isla) estaba a varios kilómetros de donde se suponía que ella residía. Además la perfección con la que estaba fabricado el cuchillo suscitaba sospechas de si Celia se encontraba acompañada en la otra playa.

Día tras día iba mejorando su pequeña tienda mientras que sus habilidades de pesca y caza se desarrollaban a una velocidad asombrosa. Cada noche, Lucas se cortaba en un dedo distinto al día anterior para poder así enviar un pequeño mensaje en hojas secas de palmera, que a veces era respondido y otras no. Las veces que ella contestaba solo daba detalles de los avances en su supervivencia y no expresaba ni un gesto de cariño hacia su padre que cada vez se hundía más en su locura por encontrar una ruta de escape de aquella prisión.

Cuando los días se habían perdido en la memoria, la demencia de Lucas llegó hasta tal punto que olvidó su nombre pues lo único que deambulaba en su cabeza era una palabra: Celia. Parecía que controlaba perfectamente su entorno por su forma de subsistir, sin embargo la isla lo controlaba a él. Cada

atardecer, Lucas se tumbaba en la arena e intentaba recordar su rostro pero lo único que conseguía imaginar era la sombra de una desconocida que se desvanecía cada vez más. “¿Cómo puedo estar perdido si no tengo ningún lugar al que ir?” se preguntaba “¿Cómo puedo culparte si es a mí a quien no puedo perdonar?”

Enfurecido, Lucas agarró su lanza casera y se dirigió a lo más profundo de la jungla. Nunca había estado allí antes pero la ira le cegaba tanto que, cuando quiso darse cuenta, se encontraba rodeado de rascacielos en forma de árboles y lianas que parecían descender del infinito, impidiendo que la claridad alcanzase el suelo. En medio del caos, un haz de luz surgió del tenebroso firmamento que dejaba caer las primeras gotas precursoras de la lluvia. El rayo alumbraba un árbol que se encontraba erguido en medio de una planicie y que maduraba frutos que Lucas reconoció: manzanas. Hipnotizado por su belleza, el demente se acercó para arrancar una y poder volver a saborear otra cosa que no fuesen asquerosos cocos. En ese momento apareció su perdición. Las frutas estaban custodiadas por una especie autóctona de ahí: la *Boiga Irregularis*, una serpiente que abundaba por toda la isla. Sin poder hacer mucho, el náufrago fue atacado por la serpiente y sus reflejos consiguieron que solo un colmillo alcanzara su brazo derecho.

La toxina comenzó a fluir por su cuerpo y sintió cómo las piernas comenzaban a fallar. La sangre borboteaba del brazo como si fuese una fuente mientras que intentaba llegar a la playa. Chorreando sudor, le surgió una idea. Rápidamente agarró su brazo ya prácticamente inmóvil y succionó todo lo que pudo del veneno mientras que calentaba el cuchillo que su hija le había entregado. Cuando alcanzó un tono rojizo lo posicionó en la herida abierta para sellarla y que no saliese más sangre. De la boca del afectado solo manaban gritos de tortura ya que el dolor era lo único verdadero en la vida de Lucas en ese momento. Su organismo no fue capaz de soportar tanto daño y se desmayó. Sin su alma, su espíritu se encontraba durmiendo en lugar frío y oscuro, y de repente todo cambió.

Se despertó alucinado por los efectos del veneno, sin poder distinguir si lo que estaba viendo era real o un sueño. El terrible silencio que imperaba en el ambiente imponía un miedo ya conocido por el náufrago y de repente divisó un enorme bulto que se ubicaba a pie de la misma orilla. Se arrastró por la reluciente arena hasta alcanzar la estática silueta y la reconoció al instante.

Su hija, azul como el mismo mar que la había traído, aun estando vacía, conservaba la belleza natural que tanto admiraba su padre. Su cuerpo no presentaba ninguna herida superficial, sus ojos tornados a blanco infundían un horror sin ninguna comparación. Se echó para atrás sin poder creer lo que estaba contemplando mientras que los alaridos retumbaban la isla de punta a punta acongojando hasta a los animales que huían despavoridos a sus

madrigueras. Se castigaba golpeándose una y otra vez contra una roca preguntándose si quedaba alguna razón por la que vivir, miraba al cielo y me suplicaba que le salvase de la nada en la que se había convertido y yo no podía hacer nada, ya era demasiado tarde.

Sin embargo pocos minutos después se percató de que llevaba algo en su diminuta mano, la botella. Descorchó el recipiente, sacó el mensaje que se encontraba en su interior y leyó:

<< “Papá, no pude aguantar. Me he quedado sin recursos, no soy capaz de sobrevivir como tú lo hacías. Voy a intentar llegar a tu isla nadando para reencontrarme contigo pero quería escribir esto antes de irme por si me pasaba algo, así que si estás leyendo esto significa que algo no ha salido bien.

Papá, respóndeme; ¿Crees que puedes distinguir cielos azules del dolor? ¿Paraíso de infierno? Aprende a vivir sin mí al igual que hiciste con mamá, te quiero, Celia.”>>

La mente de Lucas sufrió un colapso. Las imágenes de muerte que había presenciado durante su vida se acumularon en su cabeza nublando completamente su juicio y convirtiéndolo en un autómata que no podía sentir nada más que desolación. Una vez más, hundió la mirada en el vacío de sus ojos y no salió una palabra más de su boca. Agarró el cuchillo de hoja afilada y abrió su brazo izquierdo desde la muñeca hasta el codo mientras que se tumbaba al lado de su hija y la abrazaba todo lo fuerte podía. Tarareaba unas de las nanas que su madre solía cantar y recordaba aquellos tiempos felices donde nada de esto había ocurrido.

Ahora se encuentra de camino, hacia aquí, hacia el Edén, donde espera reunirse con su esposa y su querida hija, sin saber que solo una aguarda su llegada, sin saber que todo ha sido un engaño y ni siquiera yo he podido evitarlo...

→

Expediente del caso Fernández

Recientemente, se ha descubierto la verdad sobre el accidente de Lucas Fernández y su hija Celia Fernández. Esta familia disfrutaba de unas vacaciones por las islas Fiji cuando, el pasado mes de junio su barco sufrió un accidente en un arrecife cercano a dos islas solitarias. Cada uno de los miembros de esta familia fue a parar a una isla distinta separadas por tres

kilómetros de distancia. Parece ser que ambos sujetos intercambiaban mensajes a través de un sistema de mareas ayudados por una botella. El pasado 17 de julio un barco de búsqueda localizó la isla en la que se albergaba Lucas. El padre se encontraba muerto, aparentemente por una herida en el brazo izquierdo infligida por sí mismo. Más tarde la autopsia reveló que una toxina paralizante productora de alucinaciones había circulado por Lucas y que podría haber influido en su actuación. La hija fue hallada un día más tarde en la isla contigua sin ningún tipo de daño. En los días próximos los servicios sociales se encargarán de su asignación a una nueva familia.

Estaban Miller – Departamento de Investigación

Escrito por Agapito